

todo fácil para el lector —lo que suele ser difícil para el autor—. Anderson conduce como de la mano a quien lo lee, para explicarle con meridiana claridad aquello que le quiere transmitir; exento de rebuscamientos y de oscuridades, escribe como si hablara y su prosa elegante no pierde en ningún momento la más cuidada pulcritud sintáctica y lexicológica.

K.

*

1937 - "ACERCATE" (poemario), por Abel Santa Cruz. — Bs. Aires.

"Acércate" ratifica la presencia de un verdadero poeta; entrevistado en "Cuerpo y Alma", se afirma ahora con pujanza en el camino de la nueva poesía, que es la vieja poesía: la del hombre que ve y siente, y porque siente, sufre.

La vida no es una comedia, parece decirnos Santa Cruz, sino la unión de la dulzura y la misericordia. Tengamos lástima de nosotros mismos, perdidos en el nihilismo vital. Santa Cruz deja entrever, en sus versos mesurados y cándidos, un temor infinito de lo porvenir. Su "Romance a García Lorca, Muerto" es lo mejor del libro, porque García Lorca es Abel Santa Cruz. El se ha visto allá lejos, con sus versos y sus rimas, con su destino a medio hacer, desdoblado y mustio, caer sin saber por qué, así como nació sin saber para qué. Las grandes vidas interrumpidas tienen extraña atracción sobre las mentes que sueñan. Y los poetas jóvenes, como Santa Cruz, aman los interrogantes supremos, esas puertas que se abren sobre el más allá, sobre el tremendo arcano, incitando a la magna aventura.

El sufrimiento es la materia prima de Santa Cruz; no se destaca bien, quizá, en sus versos suaves; mas hierve, a modo de substrato, en sus imágenes y hasta en sus burlas ligeras. ¿Para qué estamos? ¿Cuál es la meta? Preguntas eternas, que Santa Cruz no deja de formularse:

"Sufro buscando el término. Mi grito.
Si horada la matriz del infinito
Con su vértice azul, no lo fecunda.
Y una palabra grávida de ruegos,
En el haz de una entraña moribunda,
Se eurosea como un niño de ojos de ciegos".

El poeta trata de evadirse de su leit motiv, y nos da imágenes candorosas, tenues, translúcidas. Es el niño que se baña en el arroyo,

con "un parche de vida en cada mejilla"; es el diente de leche, que trocaráse en juguete bajo la almohada; es la tiza, que duerme su sueño cilíndrico en el bote de madera; es el arroyo, el camino en el bosque, la lluvia en la calle; es en la escuela "la trémula escasez de un dedo blanco"; sobre el mapamundi, vacilando "como un pájaro perdido" (magnífica imagen).

Excusas, amigo Santa Cruz. Esta límpida poesía suya es buena, pero usted pretende engañarnos. Lo esencial en usted es el sentido dramático de la vida. Se ocultan Poe y Maeterlinck en sus versos. Cultive ese sentido, haga autobiografía desdoblada, vuélquese en romances de destinos turbios, sin dejar del todo las inquietudes bellamente accesorias con que pretende despistarnos.

Admiramos su talento y su culto por la forma clásica. Pero el objeto de una nota crítica no debe ser la exaltación de las virtudes y la revelación de los defectos. Su fin primordial es ayudar al poeta a encontrarse a sí mismo.

Por ello le decimos: amigo Santa Cruz, más de acuerdo consigo mismo está usted en poesías como "La Sombra", de sugestión maeterlinckiana; en "El Perro Ciego", en el "Romance a García Lorca", "Una Palabra que no sé decirte" y "Mi Amigo el Gusano".

Huya de realizaciones como "Rompeamos este Vidrio", "El Arco Iris" y "Cromo". No haga poesía combativa ni minuciosa. El más grande imperativo que debe formularse es éste: "Vía libre a la desesperanza". En ella tendrá siempre un sutil y melancólico consejero, si no quiere engañarse y desmentir la esencia de su propia individualidad con fórmulas artificiales y juegos de ingenio.

B. Z.

*

1936 - "LA ESENCIA DEL TEATRO DE O'NEILL", ensayo de Boris Zipman. — Buenos Aires.

Merecía el admirable tuberculoso de Nueva York, un homenaje de las letras argentinas, ya que van apinándose en cardumen intermitente y promisorio numerosos autores jóvenes de nuestro medio, que siguen sus pasos. Y así aparece sobre los últimos ecos del premio Nobel, "La Esencia del Teatro de O'Neill", ensayo de Boris Zipman que obtuvo el premio Alfredo Colmo de 1936.

Con su tranquilidad muscular de costumbre, Zipman enfrenta el tó-